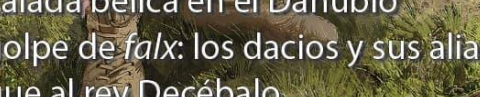


DESPERTA FERRO

Antigua y medieval

Traiano y las Guerras Dácicas



Escalada bélica en el Danubio
 A golpe de *falx*: los dacios y sus aliados
 Jaque al rey Decébalo
 La última resistencia del Estado dacio
 Héroes y memoria del conflicto
 Dacia bajo las alas del águila



ÍNDICE

Escalada bélica en el espacio danubiano por Florian Matei-Popescu (Institutul de Arheologie “Vasile Pârvan”)

El Estado dacio, de Burebista a Decéballo por Valeriu Sîrbu (Institutul de Arheologie “Vasile Pârvan”)

Un formidable adversario. El Ejército dacio y las fuerzas aliadas por David Soria Molina

Jaque al rey Decéballo. La Primera Guerra Dácica de Trajano por David Soria Molina

El Ejército romano de Trajano en las Guerras Dácicas por Juan José Palao Vicente (Universidad de Salamanca)

El periodo de entreguerras y la Segunda Guerra Dácica por Juan Ramón Carbó García (Universidad Católica San Antonio de Murcia)

Héroes romanos de las Guerras Dácicas por Sabino Perea Yébenes (Universidad Nacional de Educación a Distancia)

La Dacia romana bajo Trajano y Adriano por Radu Ardevan (Universitatea Babeş-Bolyai)

El período de entreguerras y la Segunda Guerra Dácica de Trajano (105-106 d.C.)

Después del cierre en falso de la guerra en el 102 d.C., con unas condiciones de paz impuestas por Roma a los dacios que hacían presagiar una reanudación de las hostilidades en cualquier momento, los contendientes desarrollaron una amplia actividad en preparación de lo que habría de acontecer más pronto que tarde. Mientras los romanos se empeñaban en la construcción de un enorme puente permanente sobre el Danubio, en Drobeta, Decéballo intensificó su actividad diplomática, en un intento por recomponer la entente con sus antiguos aliados y conseguir otros nuevos, a la vez que incumplía algunos de los puntos del tratado, se rearmaba y emprendía una guerra contra los sármatas yácigos, aliados de Roma. Los dacios no estaban derrotados y eran conscientes de que los romanos volverían.

El carácter parcial de la victoria obtenida por las armas romanas en la guerra sentó las bases para un segundo conflicto que debía servir para resolver de una vez por todas el grave problema que suponían la existencia del reino dacio y su peligroso y sobradamente demostrado potencial para reunir en torno suyo una confederación de aliados, que contestaba las pretensiones hegemónicas de Roma en la región danubiana y en la costa pónica. Las fuentes romanas dejan constancia de la intención de Trajano de anexionarse la Dacia ya en la primera guerra (D.Chr., *Or.*, XII. 20; Plin., *Paneg.* 16. 2-5, 17. 1-2; Amm. 24. 3.9) y, desde la perspectiva romana, el acuerdo de paz del 102 d.C. era tan sólo una tregua sin proyección a medio o largo plazo. La visión dacia era similar, pero por razones bien distintas: lo que estaba en juego era su propia supervivencia, más allá de los antiguos –y de momento necesariamente aplazados– proyectos expansionistas al sur del Danubio. Resulta muy probable que Decéballo y los caudillos dacios adláteres tuvieran bastante claro que las condiciones de paz aceptadas implicaban unos riesgos que podían materializarse en una próxima invasión romana (D.C., LXVIII, 9.4) que, de llevarse a cabo, esta vez tendría funestas y definitivas consecuencias para la misma existencia del reino dacio. Al mismo tiempo, la presencia de los romanos en el territorio dacio y, especialmente, en Sarmizegetusa Regia debió de percibirse como una afrenta al orgullo colectivo e incluso como un sacrilegio, desde el punto de vista de la élite político-religiosa (Crit.Hist., *Get.* [*FGrHist*, II, 932, frag. 5]; D.C., LXVIII, 8.3; Iord., *Get.*, V.40, XI.71). Su única oportunidad consistía en tratar de infligir a los romanos una derrota contundente en el campo de batalla, que posibilitara volver al *statu quo* anterior y recuperar así su integridad territorial y su fuerza. Y a su vez, ello le proporcionaría el prestigio y la influencia necesarias para volver a constituirse en potencia en la región.

UN ENTREACTO MUY ANIMADO

La ocupación romana de parte del territorio dacio y, especialmente, de la zona de la actual Oltenia –la región entre los ríos Danubio y Olt y los Cárpatos– constituía una poderosa cabeza de puente que podría permitir un rápido acceso al interior del reino dacio a un ejército romano de mayores dimensiones que procediera de Mesia Superior. Con esa intención, Trajano ordenó al arquitecto e ingeniero de origen sirio, Apolodoro de

Damasco, que construyese un enorme puente sobre el Danubio, en una zona al este de las Puertas de Hierro en la que el río tenía alrededor de 800 metros de anchura. Dicho puente, a diferencia de los puentes de pontones o barcazas utilizados en la recién terminada guerra, debía ser de carácter permanente (D.C., LXVIII, 13. 1-6, 14.1; Avr. Vict., *Caes.* 13.4; Columna Trajana, escena XCIX), lo que ha sido considerado como una muestra evidente de la voluntad del emperador de someter la Dacia por completo y no limitarse a defender los territorios ocupados al norte del Danubio: si esta segunda posibilidad hubiera sido la elegida, se hace difícil pensar en un puente permanente que, ante una ofensiva enemiga, pudiera facilitar una penetración rápida en el territorio de Mesia Superior.

Ciertamente, algunas de las condiciones de paz establecidas por los romanos resultaban problemáticas desde su planteamiento, dado que podía llegar a ser imposible cumplirlas inmediatamente tras el tratado y el incumplimiento podría a su vez generar un *casus belli* legítimo para los mismos romanos: la entrega de desertores y de las armas de asedio y artillería, así como de los ingenieros poliorcéticos, y la abstención de contactos diplomáticos con enemigos del Imperio, eran cuestiones de difícil comprobación, incluso aunque Decébalo se hubiese propuesto cumplirlas, cosa que no hizo. Por el contrario, según Dión Casio, los dacios intentaron reforzar sus ejércitos y fortificaciones, reuniendo maquinaria de asedio y artillería, y reclutando desertores romanos (D.C., LXVIII, 10.3). Pero, más allá de estas dos cuestiones destacadas por la única fuente de la que disponemos, es seguro que Decébalo aprovechó la paz para proceder a una reorganización y racionalización de sus fuerzas, mermadas en la guerra anterior, recurriendo a sus últimas reservas y reactivando la actividad diplomática para intentar cubrir la falta de aquellas fuerzas aliadas con las que había contado entonces.

Dicha actividad se habría dirigido, en primera instancia, al intento de recomponer la red de alianzas hasta la derrota del 102 d.C.: carpos y costobocos tenían una relación de vasallaje con el reino dacio y es probable que respondieran afirmativamente, al menos inicialmente; lo mismo podría decirse de los buros, deseosos de detener y reprimir la expansión de los sármatas yácigos; los bastarnas y los sármatas roxolanos, que habían sido derrotados con dureza en la guerra, probablemente no se comprometieron de forma decidida, aunque es seguro que debieron de proporcionar algún tipo de colaboración en el momento de inicio de las hostilidades en el 105 d.C., y lo mismo valdría para las ciudades griegas pónticas de Tyras y Olbia; por último, no parece que cuados y marcomanos pudieran brindar ninguna colaboración efectiva a los dacios en estos momentos. La escena C de la Columna Trajana nos muestra las negociaciones de paz de estos aliados dacios con los romanos, a finales del 105 d.C., sin haberse producido la esperada victoria decisiva, momento tras el cual, los dacios quedaron solos y abandonados a su suerte frente a las armas romanas. Dicha escena nos confirma que, en el primer año de la Segunda Guerra Dácica, estos pueblos prestaron algún tipo de ayuda a los dacios, sin que podamos saber si llegaron a intervenir de forma efectiva en la guerra. Sin lugar a duda, no llegaron a comprometerse y emplearse tanto como lo habían hecho con anterioridad. El testimonio de Dión Casio también recoge los envíos de embajadores de Decébalo a estos pueblos como una de las causas de la declaración de guerra romana en el 105 d.C. (D.C., LXVIII, 10.3). Por otro lado, existe un testimonio de un posible intento diplomático dacio en busca de una nueva y poderosa alianza contra Roma, fuera de la red de contactos más cercanos a la Dacia: en el 112 d.C., Plinio el Joven, siendo ya procónsul del Ponto y la Bitinia, envió una carta a Trajano (Plin., *Epist.* 10, 74.1) en la que daba cuenta del envío de una embajada dacia a Pacoro II, rey de reyes –*shahanshah*– del Imperio Parto, en torno al 103-104 d.C., con el probable objetivo de establecer algún tipo de coordinación contra Roma, como podría ser un ataque parto en las provincias orientales. En aquellos momentos, con gran parte de las fuerzas romanas emplazadas en

el Danubio frente a la Dacia, habría supuesto una gravísima amenaza que habría obligado a Trajano a posponer –como mínimo– una segunda guerra contra Decébalos. No disponemos de más noticias sobre esta ambiciosa iniciativa diplomática, más allá de poder constatar la ausencia total de evidencias de conflicto entre el Imperio Romano y el Imperio Parto en tiempos de Trajano antes del 114 d.C. Este testimonio, en una carta escrita seis años después de terminar las guerras dácicas de Trajano y dos años antes de que comenzara la campaña pártica, ha dado lugar a diferentes interpretaciones, como que se tratase más bien de una muestra de las sospechas romanas de tal alianza y no de una evidencia de que ésta existiese en realidad.

Con los objetivos de reconquistar los territorios perdidos ante los sármatas yácigos en la guerra y, de ese modo, cubrir su flanco occidental y privar a los romanos de un aliado en el nuevo conflicto que se avecinaba, los dacios desencadenaron una ofensiva contra los yácigos, probablemente en el año 104 d.C. Para ese ataque, parece factible que contaran con el apoyo de los buros, pueblo germánico que, como otros, se veía amenazado por la presencia sármata en la llanura húngara (Tac., *Germ.* 43, 1-2). Resulta interesante comprobar que, en tan sólo dos años, el ejército dacio había podido recobrar sus fuerzas hasta el punto de poder derrotar a su enemigo en su propio terreno: los dacios se impusieron a la caballería sármata en plena llanura y, a finales del mismo año, habían recuperado los territorios perdidos en el 102 d.C., entre los ríos Tisza y Mureş y los montes Apuseni, e incluso les arrebataron otros, controlados originalmente por los yácigos, al este del Tisza, en lo que hoy sería el Banato, y que eran limítrofes con los territorios ocupados por los romanos en Dacia. Esta agresión a un aliado de Roma violaba sin ambages los términos de la paz y proveía a Trajano de un *casus belli* incontestable para declarar una nueva guerra que, en esta ocasión, terminara con la derrota total de los dacios y la conquista definitiva de sus territorios. Roma podría haber intervenido antes a favor de sus aliados yácigos, pero parece que, para Trajano, pesó más la importancia de proseguir con los preparativos para la guerra, al año siguiente, y la oportunidad que se le presentaba de quedarse con los territorios arrebatados por los dacios a los yácigos, después de que los dacios fueran, a su vez, vencidos por las armas romanas. En efecto, así habría de suceder en el 106 d.C., lo que tendría otras consecuencias (D.C., LXVIII, 10.3; SHA, *Hadr.*, 3.9). Pero, de momento, la Segunda Guerra Dácica estaba servida. Al comenzar el año 105 d.C., el Imperio Romano declaró la guerra al reino dacio, con la justificación de una total y deliberada violación de las condiciones de paz del año 102 d.C. (D.C., LXVIII, 10.3-4; CIL VI, 2075).

DECÉBALO TOMA LA INICIATIVA

Después de haber atacado a los yácigos, los dacios debían ser muy conscientes de que Roma no tardaría en responder, de modo que la declaración de guerra no tuvo que extrañarles. Por el contrario, su rápida reacción sí que tomó por sorpresa a los romanos.

Gneo Pompeyo Longino, amigo personal de Trajano, estaba a las órdenes de las fuerzas de ocupación romanas en Sarmizegetusa Regia y en la mitad occidental de los territorios ocupados en Dacia, un ejército que se ha estimado en unos 23.000 efectivos, con dos legiones, 4 *uexillationes*, 4 *alae*, 7 cohortes y 3 *numeri*. De éstas, 3 *uexillationes* de las legiones XIII *Gemina*, I *Adiutrix pia fidelis* y VI *Ferrata*, con cinco mil efectivos de infantería, formaban la guarnición romana en Sarmizegetusa Regia. A comienzos de la primavera, Longino fue hecho prisionero a traición por los dacios, al parecer, en el marco de un parlamento solicitado por Decébalos (D.C., LXVIII, 12.1-5). Las distintas guarniciones romanas, sin comandante, quedaron descoordinadas y confundidas. El

ejército dacio cayó sobre la guarnición de Sarmizegetusa Regia, derrotándola, y a ésta la siguieron otros campamentos avanzados romanos (C.T., escenas XCIV-XCVI). A continuación, se dirigieron hacia el sur y el oeste, recuperando el control de los pasos montañosos que proporcionaban acceso al corazón de la Dacia, en los montes de Orăștie, y reconquistando el valle del Mureș, el paso de las Puertas de Hierro y los accesos a éstos desde el sur. La ofensiva llegó hasta las proximidades del Danubio. En los pasos montañosos del río Olt, así como en el valle meridional de éste hacia el Danubio, y quizás en zonas más orientales, seguramente debieron de producirse ataques similares, pero fueron contenidos por las tropas romanas de Longino situadas más al este, así como por los 25.000 efectivos de Mesia Inferior –con 3 legiones, 7 *alae* y 15 cohortes–, que controlaban la mitad oriental de los territorios arrebatados a los dacios en la guerra anterior. Se ha calculado que el ejército al mando de Longino debió de perder aproximadamente casi la mitad de sus efectivos, una cifra equivalente a una legión y media, si se tienen en cuenta los caídos, heridos y prisioneros. La Columna Trajana presenta un orden distinto y omite algunos hechos, como la derrota y captura de Longino, o las derrotas del ejército romano a manos enemigas, respondiendo a razones de carácter propagandístico (C.T., escenas LXXIX-XCVII).

Cuando las noticias de los serios reveses sufridos llegaron a Roma, Trajano se preparó para partir hacia el Danubio, cosa que haría el 4 de junio, en un viaje urgente que le llevaría unas dos semanas (D.C., LXVIII, 10.4; C.T., escenas LXXIX-XCI). Por su parte, Decébalo empleó la captura de Longino y, probablemente, un número significativo de prisioneros romanos, como elemento de presión en las negociaciones, con el objetivo de recuperar los territorios perdidos frente a Roma en la guerra anterior, así como concesiones económicas que le ayudaran en su recuperación, e incluso, quizás, el final de la vinculación del reino dacio como cliente de Roma (D.C., LXVIII, 12.2). Estas exigencias quedaron en nada cuando Gneo Pompeyo Longino optó por suicidarse para dejar libres las manos a su emperador y amigo personal (D.C., LXVIII, 12.3-5). Antes incluso de que se llegara a ese momento, parece ser que se produjo un intento de asesinato de Trajano, instigado por Decébalo, que terminó en fracaso (D.C., LXVIII, 11.3). No hay duda de que, de haberse llevado a cabo con éxito, su muerte habría tenido un impacto inmediato en el ejército romano, que habría quedado temporalmente sin líder y con las operaciones bélicas detenidas o canceladas completamente. Además, habrían surgido importantes problemas en la sucesión que, incluso, podrían haber desembocado en una guerra civil. Decébalo debía ser bien consciente de todo ello al ordenar tal magnicidio, pues incluso en el peor escenario posible para los intereses dacios, con una sucesión rápida y libre de conflictos en Roma, y con un sucesor en el trono de los césares que comulgase con la política exterior de su predecesor, los dacios habrían contado con mucho más tiempo para reforzarse y reorganizarse, y habrían dispuesto de un argumento de peso a su favor en las relaciones diplomáticas con sus aliados.

Pero Trajano seguía vivo y de nuevo al mando del ejército en el Danubio, y pese a sus enormes esfuerzos y sorprendentes éxitos parciales, los dacios no habían conseguido desalojar a los romanos de la ribera septentrional del río y sus diferentes ofensivas habían sido contenidas. Ante esta situación y antes de que terminase el año, los antiguos aliados y clientes del reino dacio, en bloque, entablaron negociaciones de paz con el Emperador y abandonaron a Decébalo y a los dacios a su suerte (C.T., escena C).

LA OFENSIVA DEFINITIVA DE ROMA

Durante el otoño y el invierno entre los años 105 y 106 d.C., los dacios se concentraron en reconstruir de forma apresurada las fortificaciones que habían sido desmanteladas parcialmente según las condiciones de paz de 102 d.C. (D.C., LXVIII, 10.3). En el caso de Sarmizegetusa Regia, los dacios incluso aprovecharon las defensas del campamento de la guarnición romana, presente allí entre las dos guerras, para tratar de cubrir la brecha dejada en las murallas por la construcción de aquel. Decébaló optó por la única estrategia defensiva posible, dadas las circunstancias: concentró de nuevo sus fuerzas en torno a la capital y las principales ciudadelas, en terreno abrupto favorable, y ello le permitió reducir el frente y evitar que sus fuerzas resultaran divididas en su lucha contra el superior ejército romano que, por otra parte, se vería obligado a mermar paulatinamente sus fuerzas, dejando guarniciones en su ruta.

Al comienzo de la primavera del año 106 d.C., Trajano cruzó el Danubio por el puente de Apolodoro, en Drobeta, al mando del grueso de la fuerza de invasión (C.T., escena XCIX; D.C., LXVIII, 13. 1-6, 14. 1), con unos 50.000 efectivos distribuidos en 5 legiones, 7 *uexillationes* de otras legiones, 5 *alae*, 7 cohortes (3 de ellas, *milliariae*) y algunas unidades pretorianas de escolta del Emperador. A ésta se sumarían, en columnas desde Dierna y Lederata, las tropas supervivientes de las fuerzas de ocupación de Dacia, que había mandado Longino, y desde Buridava y por el paso de Vulcan, el ejército de Mesia Inferior, al mando de Quinto Sosio Seneción, con lo que el total de las fuerzas superaría los 90.000 efectivos, si bien parte del ejército de este último quedó en sus posiciones al norte del Danubio, vigilando cualquier posible violación de la paz por parte de los sármatas roxolanos y los bastarnas.

Trajano condujo el grueso de sus fuerzas hacia las Puertas de Hierro, recuperando y reconstruyendo las posiciones perdidas el año anterior y estableciendo el control de las líneas de avituallamiento hacia el interior de la Dacia. Después de asegurar el fuerte de Tibiscum, la opción más probable es que dividiera su fuerza en dos cuerpos de ejército: el primero habría tomado la ruta más corta, a través de las Puertas de Hierro, las defensas dacias y la fortaleza de Piatra Roşie, para caer después sobre Sarmizegetusa Regia; el segundo se habría dirigido por el valle del Strei hasta el valle del Mureş, y desde allí, hacia el sureste, eliminando las fortalezas de Blidaru y de Costeşti, para realizar una maniobra envolvente sobre la capital dacia. Las escenas CI a CX de la Columna Trajana reflejan el rápido desplazamiento del ejército romano, hasta que las escenas CXI y CXII nos muestran al ejército dacio replegándose a una fortaleza de dimensiones menores, después de un combate a campo abierto y presionado por los romanos. Corresponden muy probablemente a los combates en torno a Costeşti o Piatra Roşie, dependiendo de cuál de las dos rutas fuera la que tomase el cuerpo de ejército mandado directamente por Trajano.

Probablemente a mediados de mayo, el ejército romano cercó Sarmizegetusa Regia y dio comienzo el asedio (D.C., LXVIII, 14.1-3. Las escenas CXIII-CXXII de la Columna Trajana dan cuenta de asaltos romanos contra las fortificaciones dacias, así como de los trabajos preparatorios, y también de salidas de los dacios contra las posiciones romanas. Cuando se produjo la ruptura de las murallas, las tropas asaltantes penetraron en las terrazas inferiores de la ciudad (C.T., escenas CXIII-CXVI) y ello obligó a los dacios a replegarse sobre la ciudadela principal que protegía la *Regia*, la residencia del rey, y sobre el *area sacra* (C.T., escenas CXVI-CXVIII). En medio de los incendios, suicidios y últimos actos de resistencia desesperada, Decébaló y una parte de sus fuerzas consiguieron evacuar la ciudad inadvertidamente –al menos, en un primer momento– y escapar hacia el norte (C.T., escenas CXIX-CXXII).

La guerra no había terminado con la caída de la capital, pero su destrucción supuso un duro golpe para la moral de los dacios y su deseo de resistencia. Decébaló y sus seguidores directos no se rindieron y la lucha continuó, probablemente desde Apoulon, la

única ciudadela dácica importante que quedaba al comienzo del verano del año 106 d.C., (D.C., LXVIII, 14.3; C.T., escenas CXXVIII-CXLI). Los dacios, incluso, llegaron a lanzar un contraataque sobre alguna de las posiciones romanas, pero fueron rechazados hacia el norte (C.T., escenas CXXXII-CXXXVI).

EPÍLOGO: MUERTE DE UN REY

En julio, el ejército romano se dirigió al norte y Apoulon fue evacuada por algunos dacios, mientras que otros defensores se suicidaban y otros optaban por capitular (C.T., escenas CXXXIX-CXLI). Fuera delatado o no por los nobles rendidos, Decébalos y los pocos fieles que le acompañaban fueron perseguidos por un destacamento de caballería del *Ala II Pannoniorum*. Acosado y a punto de caer prisionero, el líder dacio optó por un último acto de orgullosa resistencia y se suicidó, cortándose el cuello con su sica. Su cabeza fue enviada a Trajano y, después, a Roma (D.C., LXVIII, 14.3; C.T., escenas CXLII-CXLVII; AE 1969-70, 583). Aunque las operaciones militares subsiguientes continuaron hasta octubre, no tuvieron una entidad comparable (D.C., LXVIII, 14.4-5; C.T., escenas CXLVIII-CLV). La muerte de Decébalos había supuesto, oficialmente, el final de la guerra. En apenas seis meses, el reino dacio había sido conquistado y su cultura, destruida y subsumida en la nueva realidad naciente de la provincia romana de Dacia. Se ponía así fin al pulso de casi cuarenta años entre Dacia y Roma por la hegemonía en la región. Sin embargo, también tuvo como consecuencia una desestabilización geopolítica, que habría de conducir a nuevos conflictos romanos contra los sármatas yácigos y roxolanos, así como otros pueblos de la zona, en los años 106-108, 115 y 117-119 d.C., hasta que la política de tratados de Adriano, sus disposiciones sobre los territorios conquistados y sus reformas restauraran el equilibrio alterado por la desaparición del reino dacio.

Bibliografía básica:

- Depeyrot, G. (2008): *Légions romaines en champagne. La colonne Trajane*. París: Errance.
- Lepper, F., Frere, S. (1988): *Trajan's Column. A new edition of the Cichorius plates. Introduction, Commentary and Notes*. Gloucester: Alan Sutton Publishing.
- Oltean, R. (2015): *Dacia. La conquista romana. Volumen I: Sarmizegetusa*. Madrid: Desperta Ferro.
- Soria Molina, D. (2016): *BELLUM DACICUM. Geopolítica, estrategia y conflicto en el Danubio bajo Domiciano y Trajano (85-106 d.C.)*. Madrid-Salamanca: Signifer Libros.
- Stefan, A.S. (2005): *Les guerres daciques de Domitien et de Trajan. Architecture militaire, topographie, images et histoire*. Roma: École Française de Rome.
- Zerbini, L. (2015): *Le guerre daciche*. Bolonia: Il Mulino.

Nota biográfica:

Juan Ramón Carbó García es profesor titular de Historia Antigua en la Universidad Católica de Murcia. Se doctoró por la Universidad de Salamanca con doctorado europeo (mención: lengua rumana) y premio extraordinario. Ha sido profesor colaborador contratado en la Universidad de Salamanca y colaborador invitado en la Facultad de

Letras de la Universidad Babeş-Bolyai, Cluj-Napoca, Rumanía. Ha sido profesor invitado en dos ocasiones en la Academia de Rumanía en Roma. Es autor, entre otras múltiples publicaciones científicas dedicadas a la historia antigua rumana, de *Los cultos orientales en la Dacia romana* (Ediciones Universidad de Salamanca, 2010) y de *Apropiaciones de la Antigüedad: de getas, godos, Reyes Católicos, yugos y flechas* (Madrid: Dykinson-UC3M, 2015). Es codirector de la revista *ARYS. Antigüedad: Religiones Y Sociedades*, y director de la revista *Vergentis*. Es miembro del Instituto de Historiografía “Julio Caro Baroja”, de la Universidad Carlos III de Madrid, y del *Laboratorio di studi e ricerche sulle Antiche province Danubiane*, de la Universidad de Ferrara